

ANGUSTIA - CASTRACIÓN Y ANGUSTIA DE CASTRACIÓN

Alberto Loschi

Interrogantes

Aún antes de postular al yo como sede de la angustia, Freud plantea que ésta corresponde a la “reacción a un peligro”. Si aplicamos a esta consideración la clásica división entre afecto y representación podemos decir que la angustia es el afecto y el peligro la representación. El peligro (la representación) es lo que liga la angustia. En ese caso hablamos de angustia de... donde lo que está después de de es el peligro que liga la angustia. Así decimos angustia de castración, angustia de separación, etc. Pero eso que está después del de es el peligro que explica la emergencia de angustia, no la angustia misma. En cuanto a la angustia misma ¿qué es?, ¿incluye también la idea de peligro?, ¿cuál?

En un trabajo anterior concluíamos que los diferentes peligros, reales o fantasmáticos, desembocan en uno sólo: el desequilibrio en la economía

de libido narcisista. Ese brutal desequilibrio narcisista es la angustia misma; es el peligro. En este nivel angustia y peligro coinciden, se indiscriminan. Afecto y representación se condensan, se hacen uno. El peligro es el desequilibrio y el desequilibrio la angustia, ergo el peligro es la angustia. Y acá vuelve la pregunta: ¿qué es ese afecto - representación, ese peligro llamado angustia?

La respuesta que da Freud, ya desde sus primeros trabajos, es que eso se trata de excitación sexual no ligada psíquicamente. La angustia (el peligro) es excitación sexual no ligada. ¿En qué sentido puede ser un peligro la excitación sexual?

Más adelante y en otro contexto explica que la moción sexual incestuosa se enfrenta a la amenaza de castración, cuyo agente es el padre, y cuando esa amenaza se hace efectiva despierta angustia de castración.

Al decir de castración se entiende que el peligro ahora es la castración, que despierta y explica la angustia. Pero a su vez, como decíamos, la angustia es en sí misma un peligro. Se produce entonces un curioso redoblamiento del peligro, un peligro de peligro.

De estos dos peligros uno queda nombrado: es de castración. El otro, la angustia, es sin nombre y sólo nos aproximamos a él por una referencia metapsicológica: el desequilibrio en la economía de libido narcisista. Decir angustia de castración muestra que hay un deslizamiento del peligro que pasa de la angustia, como moción sexual desequilibrante, a su condición: la castración. El de como enlace lógico entre los dos sustantivos (angustia y castración) ya pone sobre la pista que la castración es una suerte de elaboración que opera sobre la angustia. La castración es la condición (el peligro) que lleva al desequilibrio de libido narcisista (angustia-peligro).

Ahora bien, parafraseando a Freud podemos decir: la angustia es real, el peligro de castración es fantasmático. ¿Cómo se juntan lo real y lo fantasmático?

Si no se juntan más que por 'un falso enlace', la angustia de castración sería del mismo nivel que un síntoma fóbico y nosotros le damos otro status, otra jerarquía. Tal es así que explicamos el síntoma fóbico remitiéndolo a la angustia de castración. Entonces, ¿en qué se diferencia un síntoma fóbico de la angustia de castración? ¿Hay algún punto en que el fantasma de castración sea real?

Además, al hablar de angustia de castración está tácito que la castración, como ley y castigo, se opone a la moción incestuosa. Pero, ¿de dónde saca la fuerza esa ley para imponerse y hacerse eficaz?

Por otro lado no toda angustia es de castración. En el capítulo VIII de "Inhibición, síntoma y angustia", Freud la nombra como una más entre la angustia de nacimiento, de separación de la madre, de pérdida de amor, frente al superyó y de muerte. Muchos peligros pueden despertar angustia. Llega a decir que así como la angustia de castración se destaca en las fobias, en la histeria ese papel corresponde a la angustia por la pérdida de amor y en la neurosis obsesiva a la angustia frente al superyó.

¿Por qué entonces darle prioridad a la angustia de castración, si es una más entre otras?

Para abordar estas cuestiones se hace necesario vincular la angustia con el complejo de Edipo y el complejo de castración.

Angustia - castración

Cuando repasamos todas las clases de angustia, desde la de nacimiento hasta la de muerte, pasando por la de separación, de castración y todas las otras, encontramos que hay algo común a todas ellas: algo se desprende, algo se separa, algo se cercena, algo cae. Puede ser el feto de la madre, la madre del bebé, la pérdida de amor, del pene, de la vida, etc. En base a eso y para avanzar en el desarrollo podríamos postular que la angustia es un acto de desmembramiento. Esto coincide con la apreciación metapsicológica que describe la angustia como un desequilibrio en la economía de libido narcisista.

Al considerar con Freud “el nuevo acto psíquico”, el narcisismo que da coherencia y unidad al yo, podríamos decir que la angustia es el peligro de desmembramiento de ese yo, un desequilibrio en su economía narcisista.

Ahora bien, si es el narcisismo del yo el que se desequilibra, ¿qué sería y a qué alude el narcisismo primordial? ¿Podría ser que eso que llamamos narcisismo primordial participe en el desequilibrio del narcisismo del yo?

Si el narcisismo del yo es aquello que al dar una imagen de unidad me discrimina del mundo, estableciendo una discontinuidad entre yo y mundo, entre yo y madre, ¿será el narcisismo primordial aquello que

tiende, desmembrando al yo, a una continuidad de yo y mundo, de yo y madre, donde se indiscrimina yo?

De acuerdo a esto podría plantearse que el placer guarda relación con el sostenimiento de la imagen narcisista de yo y la angustia con la disolución de esa imagen, pero el interjuego de placer y angustia resulta más complejo. En ocasiones la disolución del yo que acerca a la continuidad del ser es fuente de placer y en otras es angustia.

Rank decía que la angustia del niño a la oscuridad se debe a que la oscuridad representa volver al seno materno. Freud critica esta opinión alegando que de ser así ello resultaría más bien placentero y lo corrige explicando esa angustia por la ausencia de la madre. No obstante creemos que la apreciación de Rank merece tomarse más en cuenta.

Es cierto que en ocasiones la oscuridad nos resulta placentera (para dormir, por ej.), pero en otras nos angustia y parece insuficiente remitir esa angustia a una ausencia. Es más apropiado referirla a una presencia, que se descubre tras la ausencia. Podemos estar de acuerdo con Rank al considerar que esa vuelta al seno materno angustia, al implicar el desmembramiento del yo y también acordar con Freud al reconocer que esa regresión al seno materno es placentera cuando tenemos garantizado el retorno, el pasaje de vuelta. Lo mismo ocurre

con el dormir: es placentero cuando confiamos que volveremos a despertar, pero angustia si perdemos esa confianza.

En estado de angustia aguda un niño puede hacerse pis encima, o caca. Pero, al estar en un medio acuoso, que recuerda el líquido amniótico, puede resultar placentero hacer pis y aunque la educación no nos permita entregarnos a ese placer, bien es cierto que no obstante nos dan ganas de hacer pis. La angustia y el placer, estados que parecen tan opuestos, pueden estar relacionados en su raíz y depender de otros factores que se presente uno u otro. Eso lo vislumbra Freud desde sus primeros trabajos cuando asocia categóricamente la angustia con la sexualidad. La eyaculación en el orgasmo puede ser el paradigma del placer sexual, pero la eyaculación precoz es un equivalente de angustia.

Reparemos que en estos ejemplos: enuresis, encopresis, eyaculación precoz, son todos casos en que algo del cuerpo se desprende. Pero también otros fenómenos somáticos que acompañan la angustia hablan de un desmembramiento. El corazón, los pulmones, los intestinos, al

excitarse con la angustia parecen desprenderse de la unidad del cuerpo y volverse autónomos.

También con la excitación sexual normal, que en su raíz es autónoma respecto al yo, ocurre algo análogo. La visión del genital femenino (que simboliza la castración) provoca la erección del pene, que se separa del cuerpo, cobra autonomía para ser entregado a la mujer y caer luego del orgasmo. Eso es placentero. En cambio, cuenta el mito que ante la cabeza de medusa, que como el genital femenino simboliza la castración, el que la miraba se quedaba duro, petrificado, como cuando hablamos de quedarnos duros en una situación de angustia aguda. Hay cierto homomorfismo entre la excitación sexual normal y la escena mítica, aunque en una es el placer y en la otra la angustia.

Ese estado de excitación, que quiebra la discontinuidad que es nuestra imagen de yo para volvernos a la continuidad del ser, ora puede ser placentero, ora despertar angustia. Problema que encontró Freud al reconocer que no se podía explicar el placer-displacer sólo desde un punto de vista económico: como disminución o aumento de tensión. Que sea el placer o la angustia parece depender de constelaciones más complejas.

Así como estamos habituados a oponer el placer a la angustia, también oponemos el sexo a la muerte y el falo a la castración. Ese carácter de opuestos que cobran en la sexualidad normal vela la conjunción que presentan en la sexualidad arcana, donde se indiscriminan.

La muerte aparece estrechamente ligada con la reproducción sexuada. Dos seres se unen para dar origen a un tercero y en forma mediata o inmediata los primeros caen, como cuerpos muertos. En este nivel, sexo, muerte y desprendimiento de un cadáver van juntos.

Trataremos de demostrar que el concepto de angustia-castración puede aludir a esta conjunción de sexo y muerte, propia de la sexualidad arcana. La castración, antes de ser angustia, es un contenido de la moción sexual.

En "Inhibición, síntoma y angustia" Freud trae el caso, junto al de Juanito y el Hombre de los lobos, de un americano "que no había plasmado zoofobia alguna, pero justamente por esa ausencia ayuda a comprender los otros casos. Su excitación sexual se había encendido a raíz de una historia infantil fantástica que le leyeron; se refería a un jeque árabe que daba caza, para devorarla, a una persona que consistía en una sustancia comestible (hombre del pan de jengibre). Él mismo se

identificó con este hombre comestible; en el jeque se reconocía fácilmente un sustituto del padre, y esa fantasía pasó a ser el primer sustrato de su actividad autoerótica". Ser devorado provocaba angustia en el hombre de los lobos, en este paciente era excitación sexual.

Tomemos otro caso de angustia: la angustia ante la ausencia de la madre. Desde M. Klein sabemos que la ausencia de la madre es algo que actúa no por ausencia sino por presencia. La ausencia de la madre es quedar a merced de la madre mala. No cuesta mucho agregar que esta madre mala es la madre sexual arcana, aquella cuyo deseo es castrar al hijo. Solemos decir esto de un modo menos brutal al afirmar que el deseo de la madre por el hijo es el deseo de falo, pero olvidamos que sólo puede ser falo en tanto castrado; el falo es siempre algo cercenado. El hijo-falo es el hijo castrado.

Esta escena donde el agente de la castración es la madre, y la castración la entrega sexual del hijo, queda bien ilustrada en los ritos matriarcales. Los jóvenes se presentaban ante la Diosa Blanca y se autoemasculaban; en el mismo acto se volvían dios.

Cuando Freud hace el análisis del tabú de la virginidad llega a una conclusión semejante. Ese tabú es la percepción por parte del varón del

deseo de la mujer de apoderarse de su pene castrándolo. Agregaríamos que también está la percepción, en el varón, de una oscura moción de entregar su pene, castrándose. A este mismo contenido remite Freud la explicación de la frigidez en la mujer. La frigidez condensa la ambivalencia, que contiene a ese impulso castratorio.

Como antes dijimos, el horror ante el deseo de la mujer de castrar al hombre es transparente en el mito de la cabeza de medusa. El que la miraba quedaba duro. Señalábamos que este quedar duro es homomorfo a la escena, mucho más cotidiana, del pene erecto ante el genital femenino. Se traza así un sendero de continuidad entre el impulso incestoso de la mujer-madre que mata-castra al hijo, la angustia frente a la misma escena y la excitación sexual llamada normal, en la que sigue latiendo y siendo eficaz la misma escena. El pene erecto se separa del cuerpo y se entrega a la mujer para caer luego del orgasmo. ¿No se juega allí una escena de castración?

Esta escena, en la que lo sexual arcano se expresa en el deseo de la madre de castrar al hijo y en el hijo ser castrado por la madre es la que según nuestra interpretación se desarrolla en “Las Bacantes” de Eurípides. Ágave, la madre, en estado de éxtasis durante el rito dionisiaco, descuartiza a su hijo, Penteo, arrancándole la cabeza para ir

a mostrarla como un trofeo a su padre, Cadmo. Por su parte Penteo, no obstante repugnar del rito al que se entrega su madre, es atraído y seducido por la curiosidad que le despierta siendo así presa de la pasión incestuosa en la que muere decapitado.

Esta 'escena' incestuosa sepultada, de lo sexual arcano, al excitarse aflora en la conciencia como desprendimiento de... angustia. Es la angustia - castración.

La excitación incestuosa es un acto de castración jugado en la continuidad hijo-madre; el agente de la misma es la madre que así convierte al hijo en falo. A la vez, la castración del hijo incluye, en el mismo acto, el parricidio y la posesión del falo por parte de la madre. El narcisismo del yo experimenta esa escena condensada de incesto-parricidio-castración, que define la sexualidad arcaica, como ataque de angustia.

Este estallido de angustia-castración determina el sepultamiento de la sexualidad arcaica. Un reflejo de la misma se desprende de lo sepultado como las mociones, reprimidas, del complejo de Edipo dando lugar a la puesta en marcha del complejo de castración, cuyo agente ahora será el padre. Éste posibilita el pasaje de la angustia-castración a la angustia

de castración. El buen desenlace de este complejo permite la resolución del complejo de Edipo mientras que su perturbación abre el campo a las neurosis.

Angustia de castración

El pasaje de la angustia-castración a la angustia de castración hace al pasaje de la sexualidad arcana a la sexualidad 'normal', es decir, normativizada. El desarrollo del complejo de Edipo y el complejo de castración corresponde al proceso que normativiza esta sexualidad arcana a través del pasaje de la madre al padre. La castración pasa de ser una moción inherente a lo sexual cuyo agente es la madre a constituirse como una ley, cuyo agente ahora es el padre.

Si la madre arcana -el superyó-madre- obliga al incesto, el superyó-padre lo prohíbe. Es otra manera de entender la doble cara del superyó, que dice: Así como yo debes ser (el falo) y te prohíbo que seas como yo.

La angustia de castración despliega y desplaza el afecto de la representación y opone entre sí los contenidos sepultados de la angustia-castración. En esta última los opuestos sexo-muerte,

placer-displacer, falo-castración, como es propio de lo inconciente, van juntos, están condensados. Al desdoblarse en opuestos (falo-castración) dan lugar a la lógica fálica del complejo de Edipo. La desmentida de la castración sólo puede darse dentro de esta lógica, que se organiza en la oposición fálico-castrado.

Los ritos patriarcales

Para ilustrar el pasaje de la angustia-castración a la angustia de castración podemos servirnos de los ritos de iniciación. En el matriarcado la existencia de padre es incierta, pater semper incertum est. Para incluir al padre, la institución patriarcal, se vale de una marca en el cuerpo y un nombre, símbolos que ligan al hijo con el padre. En estos ritos sólo participan varones: los mayores de la tribu y los iniciados. La circuncisión es lo que ha llegado hasta nosotros de esos antiguos ritos. Todos ellos dramatizan una castración reducida, simbólica podríamos decir, ejercida en alguna mutilación menor pero que ya no es la castración literal del rito matriarcal. Luego de la misma el iniciado accede a un nuevo nombre y a la exogamia, el intercambio de mujeres. En cambio, la castración matriarcal convertía al hijo en dios.

Con la sangre del mismo se regaba la tierra en un rito de fertilidad que simboliza esa conversión en falo. El cuerpo entregado a la madre-tierra renace como falo, plasmándose así la unión incestuosa. Una derivación de esto la encontramos en Grecia en lo que Vernant describe como “la bella muerte”, la muerte heroica en los griegos, acaecida en la plenitud de la juventud y de las fuerzas. El ejemplo paradigmático es Aquiles, que en el canto primero de la Iliada dice a su madre: “Oh madre, puesto que tú me has parido para una vida breve, que el olímpico Zeus (...) me conceda la gloria”. Se descubre en estas palabras de Aquiles que la muerte es una ofrenda a su madre, que lo lleva a la gloria. Por otro lado, la muerte entra en Aquiles por el mismo lugar que la madre había marcado en su nacimiento, el talón. Por ese lugar erógeno, marcado por la madre, Aquiles entrega su vida. El héroe se diferencia del iniciado en que no atraviesa el complejo de castración; es el mito del neurótico.

La mutilación del rito patriarcal, aun en su crueldad, es una castración simbólica y va acompañada de un nombre que convierte al iniciado en un ser social (no en un dios). Es una castración con nombre, la otra es una castración sin nombre. Podemos asociar esta castración patriarcal a la angustia de castración. Afecto y representación (peligro) se discriminan; es un terror con nombre. En la matriarcal, la angustia es

castración. Afecto y representación se indiscriminan; es un terror sin nombre.

Si durante el matriarcado el agente de la castración era la mujer y la castración un deseo de ésta, en el patriarcado el agente pasa a ser el hombre y la castración cambia su cualidad: queda sepultada su raíz pulsional (real) y se hace simbólica.

Al dramatizar la castración, el padre se apodera de la fuerza de esa moción de castración inherente a lo sexual, capitaliza para sí esa fuerza, que ahora convierte en ley. Es de allí que la ley toma su fuerza. La ley toma su fuerza de la moción sexual y por mediación del padre que hace de la moción sexual de castración una ley de castración. La castración como ley convierte automática y retroactivamente en crimen a la castración matriarcal. De este modo el padre se apodera de la fuerza del deseo de la madre, capitalizándola como autoridad y hace del arcano deseo de la madre un peligro-crimen. La angustia de castración protege de la angustia-castración.

Angustia ante el superyó

Al completarse este pasaje al padre, la angustia es ahora ante este superyó-padre y cambia su cualidad: pasa a ser sentimiento de culpa. Así entendemos cuando Freud dice que el sentimiento de culpa (no la culpa inconsciente) es una derivación tónica de la angustia. Al pasar del superyó-madre al superyó-padre se pasa de la angustia a la culpa, que protege de la angustia. En este sentido podemos entender que el superyó-padre es el heredero del complejo de Edipo. No resuelve el complejo pero si no se consolida bien traba su posterior resolución y abre el camino a las neurosis que, vicariamente, tratan de ocupar su lugar.

Las fobias

Al ser esta función del padre una suerte de 'barrera de protección antiestímulo', la moción hostil del complejo, que ataca al padre, quiebra esta barrera y deja al niño a merced del deseo arcano de la madre. Podemos entender de ese modo el primer ataque de angustia de Juanito que, recordémoslo, ocurre en presencia de la madre. Luego la fobia es un intento de darle nombre a esta angustia arcana; vicariamente (a falta de esta función de padre) crea un objeto

amenazante. Pero, como ningún objeto es eficaz en esta función, deben ser sustituidos tal como se sustituyen los gobernantes cuando carecen de representabilidad; de ese modo se va ampliando la muralla fóbica. En lugar de un solo terror con nombre hay nombres para muchos peligros. Lo mismo ocurre en la neurosis obsesiva, en lugar de una ley hay muchas reglas y prescripciones insensatas, ineficaces para suplir la ley. Nos seduce la siguiente analogía: la fobia sería al superyó-padre bien constituido como el politeísmo es al monoteísmo y así como el politeísmo está entre la diosa madre y el dios padre, la fobia ocuparía una posición intermedia en el pasaje de la madre al padre.

Cuando el padre aparece como el agente de la castración reduce los peligros dispersos a uno solo: la amenaza ahora proviene del padre. Es la angustia ante el superyó-padre que ahora recibe el nombre de sentimiento de culpa. La angustia se convierte en culpa por mediación del superyó que se apodera de la investidura energética del complejo de Edipo. El peligro que viene del ello es angustia, cuando ese peligro pasa al superyó es culpa. Así dice Freud: “Si el yo no logró dominar bien el complejo de Edipo, la investidura energética de éste [que es angustia] retomará su acción eficaz en la formación reactiva del superyó [que es culpa]” (lo que está entre corchetes es nuestro).

La “eficacia simbólica” de esta operación del padre resulta de ser una reescritura del pasado. Incluye huellas significantes del pasado (escenificar la castración) en nuevos contextos que modifican retroactivamente su significado (Zizek).

Ahora bien, la angustia ante el superyó (sentimiento de culpa), que es una modificación de la angustia de castración, sigue sosteniendo el complejo de Edipo y su lógica fálica. El superyó continúa el complejo de Edipo.

La culpa, al reconocer la prohibición, sostiene la creencia de que lo prohibido es posible, que la omnipotencia es posible. El yo entonces toma deuda, cae en culpa (shuldig: deuda-culpa), para solventar la omnipotencia, para sostener esa creencia. La ineficacia de este empréstito instala el sentimiento de impotencia, que es una variedad del sentimiento de culpa (sentimiento de inferioridad).

La salida del complejo de Edipo se da a través del dolor (de duelo) al constatar que lo prohibido es imposible, que la omnipotencia es imposible. Lleva a un cambio de creencia, un cambio en la lógica fálica. El dolor (de duelo) cancela a la angustia y culpa neuróticas, cambia la creencia y abre a la salida del complejo de Edipo.

Bibliografía

- S. Freud* *Inhibición, síntoma y angustia* *A.E. T.20*
- El yo y el ello* *A.E. T.18*
- El malestar en la cultura* *A.E. T.21*
- A. Green* *El Complejo de Castración* *Paidos 1996*
- J. Laplanche* *Castración. Simbolizaciones* *A.E. 1983*
- A. Loschi* *Ego Phano. Consideraciones sobre lo prohibido y*
lo imposible
- La Peste de Tebas N12*
- La angustia. Su relación con la culpa y el dolor*
- La Peste de Tebas N23*
- J. P. Vernant* *El individuo, la muerte y el amor en la antigua*
Grecia Paidos 2001
- S. Zizek* *Porque no saben lo que hacen Paidos 1998*